

El paso de los días y los años, enraizados en el cosmos. La Gendronnière en invierno.

El espíritu del pescador de caña

Dogen habla del estado durante zazen en su obra 'Kai-in-zanmai'

En el *Kai-in-zanmai*, Dogen hace referencia a un verso del maestro Sensu Tokujō. En él se describe la escena de un pescador de caña, medido por las suaves olas de un mar tranquilo, bajo la luz de la luna:

"El hilo de pescar cae recto mil pies hacia abajo.
La ola más suave es seguida por diez mil ondas.
La noche es tranquila, el agua fría, los peces no pican.
Mi barca llena de la vacía carga de la luz de la luna, vuelvo."

Aunque es un poema breve, parece inducir sutilmente en quien lo lee el espíritu tranquilo del pescador de caña. Es posible que este poema pudiera tener una interpretación metafórica más profunda, pero no parece necesario desvelarla, como dice Dogen al respecto de los patriarcas en el *Kai-in-zanmai*. Un movimiento en la superficie del mar es virtualmente un movimiento en las profundidades del océano.

El ejemplo del espíritu de este pescador de caña sirve para ilustrar una imagen muy apreciada en la actualidad entre aquellos que buscan una forma alternativa de vivir. Es ese espíritu de los pescadores, o labradores de antaño, que conviven plenamente con la naturaleza en la tierra, en el mar, bajo el cielo siguiendo el ritmo del sol y la luna al paso de los días y los años, completamente enraizados en el cosmos.

Añoramos el espíritu de antaño porque nuestra vida cotidiana es muy distinta de la del pescador o del campesino de entonces. Nos parece imposible vivir nuestra vida como se vivía antes. Ya no es posible vivir con la tierra, la lluvia, el viento y el sol, como se hacía en la antigüedad. Y añoramos esos tiempos antiguos en medio del ajetreo de nuestra vida, convencidos de que ya no es posible mantener ese espíritu concentrado y tranquilo del pescador de caña cuando estamos esperando en la cola de un supermercado, cuando paseamos entre las estanterías de unos concu-

rridos almacenes, cuando conducimos en medio de un denso tráfico o al negociar diariamente nuestra relación con los demás en el trabajo.

Pero hoy en día las cosas han cambiado. Ni el pescador ni el hortelano viven con ese espíritu. Es fácil observar por nosotros mismos, si nos dedicamos como hobby a alguna labor de jardinería o de recolección de plantas silvestres, que al sumergirnos en la naturaleza podríamos tomar su pulso, podríamos dejarnos armonizar por su ritmo silencioso, pero a menudo no lo conseguimos.

De hecho, podemos hacer de jardinero o de pescador embriagados de ansiedad. Y entonces transformamos esa actividad tranquila en una desafortunada actividad con el afán exasperante de pescar más y más peces, de lamentarnos cuando la pesca es escasa, de autocomplacernos con la abundancia de las piezas... En fin, nada que se parezca al dejarse mecer por las suaves olas a la luz de la luna del verso de Sensu Tokujō.

Es fácil, en este caso, confundir

continente y contenido. Es fácil cometer el error de creer que esas actividades de la antigüedad eran las que contenían inherentemente ese espíritu. Pero ese espíritu no está ahí. ¡Cuántas veces lo hemos comprobado por nosotros mismos! Así pues, de la misma manera que ese espíritu antiguo no está inherentemente atado a las actividades y formas de vida antiguas, quizás podamos vivir con ese mismo espíritu en las actividades de hoy en día.

De la misma manera que el pescador de caña que se adentra en el océano, podemos adentrarnos nosotros en la ajetreada vida cotidiana con la calma y la paciendia de quien tira y afloja la línea del sedal. Y es a partir de ese indicio como podemos intuir que, en realidad, hoy en día no estamos tan alejados de las fuerzas de la naturaleza que marcaban el ritmo a los hombres de la antigüedad. El hombre ha tratado, hasta hoy, de dominar las fuerzas

de la naturaleza mediante su técnica, construyendo casas para protegerse del viento y la lluvia, puertos para refugiarse de los temporales, presas para prevenir las inundaciones, encauzar las aguas, erosionando la tierra



Tocando la madera en Portavella (Ripoll).

para tejer una sociedad humana resguardada de los azares de la fuerza irracional de la naturaleza salvaje.

Pero, en cambio, la sociedad humana se ha desarrollado alrededor de una figura que continúa siendo una proyección de esa naturaleza

indomable. En ese empeño de abarcar la naturaleza y dominarla, ha aglutinado en el seno de su estructura social una entidad que conserva todo el ímpetu e impredecibilidad de las fuerzas naturales. Esa figura, esa entidad es el mercado. Y cuando hablamos de mercado nos referimos al mercado en su sentido más amplio y retórico. Desde el mercado de alimentos de nuestro barrio, al mercado de viviendas o de coches usados al que tenemos que acudir de vez en cuando, al mercado de trabajo en el que buscamos empleo para subsistir, a los mercados de petróleo, divisas o acciones. En fin, el mercado en su sentido más genérico.

El mercado ha sido el núcleo mismo de la sociedad como punto de encuentro, de intercambio y de celebración desde los avatares de la historia. Todos sabemos que el mercado es el corazón mismo de la economía de la sociedad humana de todos los tiempos. Pero especialmente

La conciencia como el mar

Texto de Kai-zanmai
(del *Shobogenzo*):

Aquellos que son Budas y patriarcas están siempre en *samadhi*,¹ la conciencia como el mar. Nadando en este *samadhi*, tienen momentos para predicar, momentos para experimentar y momentos para moverse. Su movimiento sobre la superficie del mar es virtualmente un movimiento en lo más profundo del mar. Se mueven sobre la superficie del mar a sabiendas de que están moviéndose en el fondo del más profundo océano. Tratan de que las inciertas corrientes de la vida y de la muerte retornen a su fuente y eso es no moverse del indescriptible estado de conciencia. Los ejemplos que brindaron los Budas y patriarcas del pasado salvando obstáculos y rompiendo ataduras son, sin duda, ejemplos

singulares, porque cada uno de sus actos estuvo gobernado por el *samadhi*, la conciencia como el mar. El Buda dice:

"Sólo de dharmas reales está este cuerpo compuesto.

El momento de la aparición es justo la aparición de los dharmas.

El momento de la desaparición es justo la desaparición de los dharmas.

En el momento en que estos dharmas aparecen no hablamos de la aparición del yo.

En el momento en que estos dharmas desaparecen no hablamos de la desaparición del yo.

Un instante antes, un instante después: el instante no depende del instante.

Un dharma antes, un dharma después, el dharma no se opone al dharma,

Esto se llama simplemente *samadhi*, la conciencia como el mar."

Deberíamos aprender concienzudamente en la práctica estas palabras de Buda. Alcanzar la verdad y entrar en el estado de la experiencia no depende siempre de una abundancia de conocimiento ni de una abundancia de palabras. Eruditos de vastos estudios y abundante conocimiento han llegado a alcanzar la verdad con la lectura de sólo cuatro líneas. Estudiosos versados ampliamente en textos tan numerosos como las arenas del Ganges han entrado súbitamente en el estado de la experiencia bajo una sola línea de verso. Menos aún son las palabras que en el presente hablan, de la búsqueda de una futura iluminación inherente o de la

comprensión de la iluminación iniciada en medio de la experiencia. En general, aún y siendo la manifestación real de la iluminación inherente y demás, virtud de un patriarca budista las varias clases de iluminación iniciada y la iluminación inherente no definen a un patriarca budista. El Buda dice:

"Sólo de dharmas reales está este cuerpo compuesto.

El momento de la aparición es justo la aparición de los dharmas.

El momento de la desaparición es justo la desaparición de los dharmas.

En el momento en que estos dharmas aparecen no hablamos de la aparición del yo.

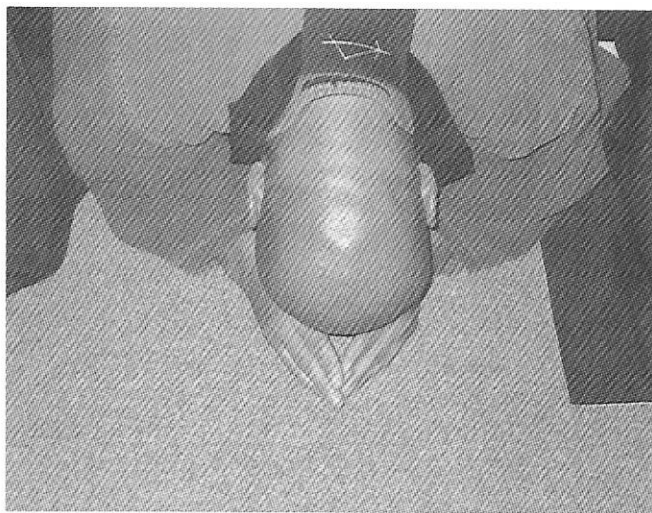
En el momento en que estos dharmas desaparecen no hablamos de la desaparición del yo.

te ahora el mercado ha tomado una voluptuosidad acuciante, Ahora que los temporales atmosféricos pasan muchas veces casi desapercibidos por los habitantes de las grandes ciudades, la más mínima perturbación en el mercado económico global —ya sea un proceso judicial contra una empresa informática o el anuncio de una fusión bancaria—, desencadenan una tormenta informativa en los medios de comunicación de masas.

Porque, al fin y al cabo, el mercado, como concepto abstracto, posee un gran número de similitudes con algunas de las tradicionales fuerzas de la naturaleza, como el mar, sin ir más lejos, porque la relación entre el hombre y el mercado se parece a la relación entre hombre y mar. Y eso es así en cuanto que el hombre en el mercado se encuentra como el hombre en medio del mar, abandonado a la suerte de una fuerza natural impredecible.

Ha conseguido suavizar los

temporales, canalizar adecuadamente los beneficios y las pérdidas que son las olas de este inmenso océano económico. Pero el hombre no ha conseguido dominar ni el mar ni el mercado. Y cuando cambia la direc-



El mismo espíritu en todas las actividades.

ción del viento y se avecina un temporal, la sociedad entera tiembla desde sus mismísimos cimientos.

Y si aceptamos que el mercado es como el mar, ¿por qué no salir a pescar en el mundo en que vivimos como si saliéramos a pescar en una

pequeña barca? Y salir del puerto cada mañana y dirigirnos a relacionarnos con los demás intercambiando emociones en ese mercado emocional que nos rodea. Y salir a ganarnos la vida, a comprar y a vender, ¿por qué no imaginar que hemos salido del puerto en una pequeña embarcación? Tal vez hoy pesquemos alguna satisfacción, quizás atrapemos un desengaño en nuestras redes, alguien comprará, alguien venderá. ¿Es que no podemos salir con el mismo espíritu que en el poema de Sensu Tokujō? ¿Y mantener un estado de conciencia como el mar en la vorágine del mercado? Quizás no sea difícil porque el mercado es como el mar.

Dogen en el *Kai-in-zanmai* no habla del mercado. Incluso, cuando habla del mar y de la barca del pescado lo hace metafóricamente. Dogen habla sólo de *samadhi*, el estado durante zazen, la conciencia como el mar.

LLUÍS SALAS

Un instante antes, un instante después: el instante no depende del instante.

Un dharma antes, un dharma después, el dharma no se opone al dharma, Esto se llama simplemente *samadhi*, la conciencia como el mar."

La concreción momentánea de este "*samadhi* como el mar" es justo una concreción momentánea solamente de dharmas reales, y es la expresión de una verdad que sólo depende de dharmas reales.

Samadhi es comprensión; es la expresión de la verdad; es una noche en la que una mano busca a tientas la almohada. Este palpar a tientas buscando la almohada no es tan sólo una cuestión de miles de millones de *kalpas*² es permanecer simplemente en medio del inmenso mar, predicando el *Sutra de la Flor del Maravilloso Dharma* eternamente. Dice el maestro Senku Tokujō:

"El hilo de pescar cae recto mil pies hacia abajo.

La ola más suave es seguida por diez mil ondas.

La noche es tranquila, el agua fría, los peces no pican.

Mi barca llena de la vacía carga de la luz de la luna; vuelvo."

"Estoy en medio del inmenso mar." La superficie delante de mí es predicación eterna como diez mil ondas que siguen a una suave ola singular; y la superficie detrás de mí es el *Sutra de la Flor del Maravilloso Dharma* como una ola singular siguiendo a diez mil suaves ondas. Aún y cuando he enrollado y lanzado mil o diez mil pies de hilo de pescar, lamentablemente el hilo sólo cuelga recto hacia abajo. La mencionada superficie delante y superficie detrás es la superficie del mar en la que yo estoy, es como decir "una cosa concreta antes y una cosa concreta después" describe el

emplazamiento de una cosa en una cosa. Esto no significa que en medio del mar exista una persona; el mar de mí ser es el mar, no es lugar para gente mundana ni un lugar apreciado por gente litúrgica, pero mi ser existe solamente en medio del mar. Este es únicamente el discurso proclamado eternamente. Este ser en medio del mar no pertenece al medio ni al adentro ni al afuera; existe pacíficamente, predicando eternamente el *Sutra de la Flor del Dharma*. No reside en el este, oeste, sur ni norte; se encuentra en una barca llena de la vacía carga del claro de luna, que vuelve al puerto. Este refugio real es el proceso mismo, aquí y ahora del retorno al origen. ¿Quién podría describir esto como la fatigante tarea de permanecer en el agua? Sólo puede comprenderse desde los profundos confines del verdadero estado de Buda. Llamamos a esta comprensión el sello que

certifica el agua como agua. O mejor aún, es el sello que certifica el espacio como espacio, o todavía mejor, el sello que certifica el lodo como lodo.

El sello que certifica el agua, si bien no necesariamente es el sello que certifica el mar, en el estado más elevado podría ser efectivamente el sello que certifica el mar. Por ello se entiende que "el sello del mar", "el sello del agua", "el sello del lodo" y "el sello de la mente". Habiéndose transmitido uno a uno, el sello de la mente certifica el agua, certifica el lodo y certifica el espacio. Aún antes de que esta consideración pudiera ser comprendida, el estado es *samadhi*, la conciencia como el mar.

DOGEN KIGEN
(versión de Ll. Salas)

1. *Samadhi*: El estado de conciencia durante zazen.

2. *Kalpa*: Unidad de tiempo equivalente al transcurso del principio al fin del mundo.